

## LA PALOMA QUE LLEVABA EL SOL Pentecostés

J.I. - 2º

Había una vez, en lo alto de una montaña cubierta de flores blancas, un palomar viejo y soleado. Allí vivía una palomita llamada Alba, la más pequeña y suave de todas. Su plumaje era tan blanco que parecía una nube con patas.

Alba no era una paloma cualquiera. Era paloma mensajera, como lo habían sido su abuela y su bisabuela. Llevaba cartas y noticias de un pueblo a otro, volando sobre valles y ríos. Pero lo que más le gustaba llevar no eran las cartas escritas en papel ... sino los mensajes del corazón.

Un día, el abuelo del palomar la llamó con suavidad.

—Alba —le dijo—, *hoy tienes una misión muy especial. Debes volar hasta el pueblo del Valle Azul. Allí vive una niña llamada Luna. Hace meses que su mejor amigo, Tomás, se fue a vivir muy lejos, al otro lado de la gran montaña. Luna está triste porque cree que Tomás la ha olvidado.*

Alba inclinó la cabeza.

—¿Qué debo llevarle, abuelo?

El abuelo sonrió y le entregó una pequeña cinta de seda blanca atada a un diminuto pergamino. En él no había ninguna palabra escrita. Solo había un pequeño sol dibujado con cera amarilla.

—Eso es un abrazo de amistad —dijo el abuelo—. *Tomás lo dibujó esta mañana. Luna necesita saber que la paz entre los amigos nunca se rompe, aunque haya montañas de por medio.*

Alba guardó el mensaje con cuidado y alzó el vuelo.

Voló sobre bosques callados, sobre ríos que cantaban y sobre praderas verdes. De repente, una nube gris se cruzó en su camino. Era una nube enfadada que no dejaba pasar a nadie.

—¡No pasarás! —tronó la nube—. *¡Hoy no quiero que nadie esté contento!*

Alba no se asustó. Con voz suave le dijo:

—Nube gris, no traigo guerras ni enfados. Traigo un abrazo. Un niño dibujó un sol para su amiga. ¿De verdad quieres detener un sol?

La nube, sorprendida, se quedó quieta. Poco a poco, su enfado se fue deshaciendo, y de ella comenzó a caer una lluvia fina y suave que regó las flores del camino.

—Pasa, palomita —dijo la nube, ahora más clara—. *Los abrazos tienen permiso para volar libres.*

Alba siguió volando hasta llegar al Valle Azul. Allí encontró a Luna sentada en un banco, mirando el horizonte con ojos tristes.

La palomita se posó suavemente en su hombro y dejó caer el pergamino en su mano.

Luna lo desató con cuidado. Al ver el pequeño sol dibujado, sus ojos se llenaron de lágrimas ... pero esta vez eran lágrimas de alegría.

—¡Tomás no me ha olvidado! —susurró.

Y entonces, sin saber cómo, sintió en su corazón un calorcito que le subió por el pecho. Era como si su amigo estuviera allí, abrazándola desde muy lejos.

Alba, contenta, dio tres aleteos blancos y emprendió el regreso. Al llegar al palomar, el abuelo le preguntó:

—¿Lo lograste, pequeña?

Alba sonrió.

—Sí, abuelo. Llevé un abrazo... y la paz volvió a florecer.

Y desde aquel día, cada vez que alguien dibuja un sol y lo envía con cariño, dicen que una palomita blanca como Alba lo lleva volando hasta quien más lo necesita.

Colorín colorado,  
este cuento de paz volando ha llegado.



1. Pa - lo - mi - ta blan - ca de pi - qui - to a - zul,  
2. ¡Ay, mi pa - lo - mi - ta! ¡Cuán - to te bus - qué!  
3. Al ver un pas - tor yo le di - je: "¡di,  
4. Él me con - tes - tó con mu - cho pe - sar:  
5. Me su - bí a u - na to - rre a ver - la vo - lar.



llé - va-me en tus a - las, ¡ay, llé - va - me tú!  
Vién - do - se con a - las, me de - jó y se fue!  
di si mi pa - lo - ma no ha es - ta - do e - lla a - quí!"  
"a su pa - lo - mi - ta no la ví pa - sar"  
Co - mo no pa - sa - ba, de - jé de bus - car.

<https://ideaswaldorf.com/palomita-blanca/>